



Virginia del Río

Diez cuentos breves

I.- Nostalgia

TE PREGUNTARÁS ¿por qué?
¿Cómo es posible sentir nostalgia por algo que no se ha vivido?

La memoria guarda cosas que la razón te oculta para salvarte de la locura. Para evitar que sufras.

Para que no extrañes tu castillo, tu dama, tu caballo blanco. Para que no recuerdes, sobre todo, a ese unicornio que vislumbraste en el bosque y al que no pudiste lanzar tus flechas.

Yo recuerdo ese instante.

Te debo la vida.

De vez en vez vuelvo a ti en un pasaje de música medieval, en los ojos de alguna mujer, en el temblor de una estrella...

¿En sueños?

No, no me atrevo. Sé que me seguirías. Te amo. No quiero para ti el sueño eterno. Porque, entonces ¿quién me salvaría?

III.- De amor

ESA NOCHE decidieron que el amor los hacía capaces de cualquier cosa. Desearon ser inmortales. Que su historia de amor fuera La Historia de Amor.

El despertó solo, pero le dolía una costilla...



II.- Presagio

LA ENCONTRÓ tirada en la playa. Miró el ala rota. El manchón de sangre en el grácil cuello. Los ojos abiertos observando nada. Nunca había visto un ave como esa. ¿Cuál sería su nombre?

Se sintió conmovido ante esa pequeña muerte. Le limpió la sangre seca. Acomodó lo mejor que pudo el roto miembro. Cerró los ojos del pájaro muerto y recorrió su solitaria isla buscando un lugar donde enterrarla.

Antes de entregarla a la tierra le quitó la hojita de laurel que sostenía en el pico, creyó ver en esa ramita un mensaje pero no supo interpretarlo.

Hacía tanto tiempo que vivía en la isla. Era muy niño cuando empezaron a caer las bombas...

IV.- Instrucciones para tocar a un caballo

TOMA UN prado verde rodeadito de montañas azulgrises. Encima un obligatorio cielo celeste con sus respectivas nubes algodónadas.

Sobre el prado verde acomoda un caballo. El caballo respira, como el prado verde. Y es hermoso, como el cielo celeste y las algodónubes.

Sitúate como a cinco pasos del caballo. La hierba cruje bajo tus pies-crujido-paso-crujido-paso-crujido. Nube algodónosa que se desliza.

Temblor-paso-crujido-movimiento.

Un músculo del cuello se tensa. Saca el miedo -crujido sobre la hierba- el temor es una flor marchita que se deshace sobre el prado verdad.

La mano, tu mano, vuela hacia el caballo. Piel lustrosa bajo los dedos. Temblor de vida en tu palma. Una diminuta alegría libera una piedra que llevabas en el pecho.

Regresa a casa. Estás liberado. Pero antes dále las gracias al caballo.

Desde una algodónosa nube alguien te mira: es Dios.

V.- El espectáculo más maravilloso del mundo

HOY NO tengo ánimo.

Me duele aceptarlo. Hoy no tengo ganas de salir a escena. En este circo que es mi vida hoy me toca domar al Tigre Tristeza. Estoy sudando la gota gorda. El gato no obedece.

Y en el fondo, me duele aceptarlo, me trastorna la idea de darle un latigazo.

El felino se relame los bigotes, clava sus ojos en mi pecho, ya ha descubierto el tamaño de mi corazón. Es tiempo de tomar una decisión o lo voy a lamentar.

VI.- La última función

THE END.

La luz se enciende en la sala. La gente sale. Poco a poco los espectadores van tomando posesión de la realidad. El rostro de la heroína se eclipsa. Sólo queda flotando su sonrisa triste. Los labios se vuelven una mariposa. Una mariposa roja que se abre paso en la noche. Labios-mariposa que se ocultan en la esquina, buscando otra boca.

Tiemblan los labios-alas. El viento de la noche arrecia. La mariposa-beso vuela como un papalote, traída y llevada por el aire frío. Rebota contra la luna, se hace daño al rozar las estrellas (porque las estrellas son duras y frías ¿por qué la gente pierde su tiempo pidiéndoles deseos?) y cae de nuevo en la tierra.

Se queda quieta. Ha encontrado unas pisadas interesantes. Ahí, por acá. Aquí piso. Acá se detuvo y suspiró. Pateó esa piedra. Se recargó en este árbol.

Se paró en la esquina y encendió un cigarro. Ahí está el cerillo: gris frío-apagado. En el suelo las huellas, sus huellas.

Labiolibélula vuela. Él, él fuma. El humo se enrosca alrededor de su cuello como una sutil bufanda. Casi, casi, ya, ya llega.

Los labios mariposa están cerca de él.

Y entonces una gota contra el suelo y otra y otra y otra...

El sube el cuello de su gabardina. No, no corre. Tira a un lado el cigarrillo (arruinado-empapado) camina lentamente. Levanta la cabeza. Abre la boca. Bebe, se baña.

Goza de la lluvia.

La mariposa se oculta en un zaguán.

Él se aleja. Un pequeño corazón late aceleradamente.
 Quisiera gritarle: no te vayas. Pero si grita recuperará su
 condición de boca y
 no podrá volar. Él se aleja cada vez más.
 La mariposa grita: no te vayas y cae al suelo. Él voltea.
 La calle está vacía. No entiende. Los labios palpitan.
 Gritan de nuevo: no, no te vayas.
 Él vuelve sobre sus pasos. Busca el origen de la voz. La
 lluvia continúa. Las gotas van desdibujando los labios. Una
 mancha roja sobre el asfalto.
 –Adiós –alcanzan a decir y luego ya no dicen nada.
 –¿Qué tal estuvo la película? –pregunta su mujer.
 Él, pensaba decirle, contarle que camino a su casa le
 había pasado una cosa más extraña. Sintió, adivinó que una
 mujer lo llamaba. Era una voz helada. Enfrida en la sole-
 dad y él pensó correr hacia la desconocida y...
 –Bien, estuvo bien, un poco triste –respondió él.
 –¿De qué se trató? –inquirió su mujer.
 –La película empieza cuando un hombre joven camina
 bajo la lluvia, siente que alguien lo sigue, entonces oye una
 voz de mujer, una mujer desesperada que le grita, le pide,
 casi le exige que no se vaya...
 La cámara se aleja. Ahora vemos la fachada de la casa.
 En una ventana iluminada un hombre y una mujer, sus
 siluetas, se abrazan. Sube la música,
 melancólica, tristísima.
 Y las palabras *The End* iluminan la pantalla.

VIII.- Las metamorfosis

ESA MAÑANA, al despertar, oyó un aleteo junto a
 ella. Se sobresaltó. A su lado, en el lugar que
 ocupaba su esposo, encontró un pájaro negro.

El ave le dijo: soy yo, tu pichoncito y empezó a
 reír.

Ella trató de tomarlo con serenidad.

–¿Quieres desayunar? –preguntó mientras se
 echaba un chal sobre la espalda.

–Oh... ya he desayunado –graznó su marido
 ladeando la cabeza– pero te acompaño...

Ella se sentó a la mesa. Él se posó en su
 hombro. Podía sentir el filo de las plumas contra la
 suavidad de su cuello. Trató de sonreír pero el
 gesto murió en el intento. El pan se volvió amargo
 en su boca. El café era un líquido turbio. Dejó unas
 cuantas migajas de pan en el plato y su marido se
 arrojó sobre ellas, con la exactitud de un ataque.

El paisaje apenas cabía en la ventana. Ella dió
 una palmada como animando a su marido a salir. Él
 aceptó la invitación de mala gana. Atravesó la
 ventana con la ferocidad de una lanza. Rozó con el

VII.- Western

SIN MIRAR realmente “veía la tele”. Era tarde y
 pasaban una película del Oeste. Indios y
 vaqueros.

El tedio, sólo el tedio la mantenía ahí.
 Trataba, inútilmente de matar el
 aburrimiento, en ese momento una flecha
 atravesó la pantalla y le dió de lleno
 en el corazón.

Gritando, los indios
 celebraron su victoria...

pico la mejilla de su esposa. El chal era un jardín
 blanco sembrado con flores rojas.

La sangre empezó a secarse en su mejilla. Ella
 no podía pensar. La rabia, esa marea negra le
 cubría los ojos. Furiosa le ordenó a su cuerpo que
 cambiara. Sintió el desdoblamiento de los huesos,
 la piel abriéndose como una fruta sangrienta. Su
 cuerpo entero se crispó, obedeció una orden:
 cambio, cambio.

Horas después una pantera saltaba por la
 ventana, ronroneaba amorosa, llamando al ave
 negra. Una sombra pasó frente a ella y se arrojó
 sobre ese cuerpo, quebró las plumas, bebió la
 sangre, mientras su marido graznaba: ya basta y
 asestaba picotazos en sus ojos esmeralda.

La luz de la mañana le hirió los ojos. A su lado,
 en el lugar que ocupaba su marido, encontró a un
 perro salvaje...

–Soy yo, tú cachorrito –ladró su marido– hoy
 pongo las reglas, tú serás un gato pequeño
 pequeño pequeño.

IX.- Icaro

ME DUELE la espalda. Es un dolor terrible que empieza en la nuca y baja lentamente la escalera de mis vertebras. A pesar del dolor, del aturdimiento, aún puedo recordar el instante en que caí. El rostro de mi padre. Su voz intentando, vanamente, animarme.

Después un grito, su grito. Luego mi propia voz convertida en un alarido. Levanté lo que quedó de mis alas, una masa informe, una mezcla confusa de cera y plumas estropeada.

Afortunadamente no me rompí nada. Caí sobre un montón de algas putrefactas que, en algo, amortiguaron el golpe. Desde una ventana de la torre, en que está preso, mi padre me observa. Sé lo que está pensando. Él es el mejor constructor de Creta. Fue capaz de engañar al mismo buey blanco regalado por Poseidón. Mi padre, creador de figuras prodigiosas, no sabe de ningún fracaso.

Me baño una y otra vez para liberarme del repugnante olor. He tomado una decisión. Sé que es arriesgado regresar a la torre, de manera que no podré despedirme de él. Ha desaparecido de mi vista.

Debe estar perfeccionando su invento. Adiós, padre, adiós...

Sólo la luna me escucha. Era absurdo pensar en huir en pleno día. Abandoné la playa. Mi vida ha sido un eterno vagar. No voy solo, me acompaña el terror, el miedo de ser reconocido, descubierto, de que alguien al oír mi acento intuya cuál es mi origen, mi nombre.

En medio de tanta angustia la vida me permite una pequeña alegría: saber que mi padre logró escapar de la torre y conservó, intacta, su fama de hacedor de prodigios.

Se que se gana la vida contando en las ferias la historia de su hijo Icaro, el imprudente, quien murió al acercarse al sol.

X.- Trampa para un duende

PUSE UN pedazo de pan con mermelada. Esperé. Inútil. No. No vino. Cayó la noche. Cuás. Y no no vino.

Al día siguiente lo volví a intentar: tenté al duende con un dulce y una flor blanca muy blanca. No. No vino.

Estoy segura que un duende vive en el patio. Sí. Un dueñe tira la ropa del tendero. Un duende rompe las ventanas. Un duende molesta al perro. Un duende baila sobre las flores favoritas de mamá. Pero mamá no me cree. Dice que invento. Que sueño. Que veo cosas. Que soy mentirosa. Muy mentirosa.

Por eso se me ocurrió poner trampas en el patio. Para atrapar al duende y llevárselo a mamá y decirle: ya ves, aquí está el duende yo no miento.

Traté de atraerlo con lápices de colores. Luego con collares de cuentitas brillantes. Pedazos de espejo. Papeles brillantes. Juguetes de hojalata.

No. No vino. Cayó la noche y el duende no vino.

Le robé a mamá galletas, las unté con mermelada y miel. Se las comieron las hormigas. Ya no sabía qué hacer. Hasta que recordé a mi muñeca nueva. Blanca blanca como la flor blanca. Labios mermelada y cabellito miel.

La tarde se acabó y el pájaro negro de la noche abrió las alas. Dejé a la muñeca sentada en medio del patio. Espero. Espero. Espero. Oigo ruidos en el patio. Una silueta que avanza. Paso a pasito. Tan lentamente. La sombra se inclina sobre la muñeca y antes de que le toque un cabello miel yo caigo encima. Peleo. Muerdo. Grito. Pateo.

No. No es el duende. Es la vecina, una niña que siempre había codiciado a mi muñeca. Le tuerzo el brazo y la llevo frente a mi mamá. Confiesa, le digo, y ella cuenta uno a uno sus crímenes, de cómo bailó sobre los geranios de mamá, de las veces que se limpió los zapatos con las camisas recién lavaditas...

Mamá me perdona. Ahora me cree. Ya no soy la mentirosa. Tengo una duda. Antes de que se vaya agarro a mi vecina del codo.

-¿Cómo supiste que hoy iba a poner mi muñeca?

-Me lo dijo el duende -dice mientras corre a su casa.

La dejo ir. Voy al patio. En el centro flota una bandera blanca blanca muy blanca que después de ondear un rato se desvanece... O

Virginia del Río. Narradora natural. Cofundadora de El último unicornio, Compañía de títeres de Monterrey. Ganadora en 1991 del concurso *El cuento*, revista de imaginación con su relato brevísimo *Sólo dibujos*. Becaria del Centro Toluqueño de Escritores por *Colegio para señoritas* (1992).
